

to Si' tomando pie de la necesidad de pensar bien, como señalaba Pascal (pp. 307ss.).

Ya hacia el final del libro, la profesora López (331ss.), abarca muchas temáticas relacionadas con la Geografía humana como son la pobreza, los recursos, la sostenibilidad o las migraciones, entre otras, antes de adentrarse en las cuestiones teológicas. El libro concluye con las contribuciones de la profesora León (p. 355), quien explora la clave cristológica del misterio de la creación

en la encíclica, y del profesor Trigo quien apela, al igual que la encíclica, a una conversión ecológica que es una dimensión de la conversión moral y religiosa de la persona. Un buen modo de acabar un libro, sobre todo porque dicha conversión ecológica está radicada en la identificación con Cristo y su misión redentora (p. 402). Todo un reto para los cristianos.

Rubén HERCE

Marie-Joseph LE GUILLOU, *Tu palabra es el amor. Meditaciones y homilias dominicales del Ciclo C*, Madrid: BAC, 2015, 232 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 978-84-220-1845-2.

Marie-Joseph Le Guillou (1920-1990) es uno de los teólogos más significativos del catolicismo francés del siglo XX. Dominico y renombrado pensador contemplativo, impulsó en primera línea la renovación ecuménica de la teología católica y la recepción del Concilio Vaticano II. A causa de una enfermedad que le impidió a los 54 años continuar establemente su trabajo académico, se dedicó posteriormente a la predicación y formación de laicos y religiosos (cfr. su libro *Cristiano en el mundo, ¿es posible en nuestro tiempo?*, Madrid: BAC Popular, 2014; *vid. reseña en Scripta Theologica* 42 [2015] 271-272).

La Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica de San Dámaso en colaboración con la Association Le Guillou viene realizando un trabajo de inventariado y catalogación del archivo personal de este autor. Este libro es uno de los frutos de ese trabajo.

En la invitación a la lectura se recogen unas palabras de Tomás de Aquino: «Así como es más perfecto iluminar que brillar, así es más perfecto el comunicar a otros lo contemplado (*contemplata aliis tradere*) que

contemplar exclusivamente» (*Suma de teología* II-II, q. 188, a. 6, resp). Basta pensar en nuestro Señor Jesucristo para comprobarlo. Entre muchos que han seguido su ejemplo se cuenta sin duda el autor de este libro.

Las homilias recogidas en el volumen (segundo en castellano, después de otro con homilias del ciclo B, publicado en 2014) corresponden a las predicadas por Le Guillou durante los años 1979-1980.

Su teología de la misión tiene, desde épocas muy tempranas de su vida, horizonte vivencial y abarcante de las dimensiones de la vida cristiana. Concibe el ministerio de la predicación enraizado en el misterio de la Trinidad y en el misterio de Cristo que incluye el de la cruz y el de la Iglesia. En su servicio a la Palabra de Dios, el predicador debe poner a todos los fieles, y no solamente a una élite, en contacto con el Misterio de Dios. Y esto pide teología, que es, primero contemplación, pero también esencialmente misión.

Todo ello, subrayado por Le Guillou desde la perspectiva del carisma dominico, interpela tanto al predicador como al teó-

logo. El anuncio del Evangelio nace en el misterio de la celebración eucarística. De la misma fuente, cabría decir, bebe la inteligencia teológica; y los dos ríos, predicación y teología, se enriquecen mutuamente.

Así por ejemplo, en la fiesta de la Ascensión se nos dice: «La Iglesia es el cumplimiento total del corazón de Cristo, está totalmente llena de la plenitud de la divinidad de Cristo. Dios ha hecho de ella la luz del mundo y quiere que sea anunciada al mundo» (p. 118). Como fruto de la Ascensión y por el poder del Espíritu, si nos dejamos hacer, la Palabra de Dios nos pone en cuestión, porque permanece viva y activa en nosotros para siempre, bendiciendo y agradeciendo, renovando y liberando.

Esto se consuma en Pentecostés: «Somos aferrados por este misterio de interioridad,

es como el fuego de la zarza ardiente que quema lo más profundo de nosotros mismos, y, que por otra parte, se derrama y no cesa de derramarse para hacer de nosotros un solo pueblo. Un pueblo reunido en la unidad por el Hijo que nos da su Espíritu, por este Hijo glorificado cuyo cuerpo está completamente lleno del Espíritu que nos comunica su propia vida» (p. 124).

Por eso la Eucaristía hace de cada uno y de todos los cristianos «ofrendas vivas, transfiguradas en la luz del Espíritu» (p. 128). Sin olvidar que la ignominia de la cruz está en el corazón de nuestras vidas, mientras no sean transfiguradas por el Reino de Dios. La predicación de Le Guillou es sugerente, sencilla y profunda.

Ramiro PELLITERO